

será dirigida e impulsada desde Roma. Al mismo tiempo el concilio derramará raudales de luz en el campo doctrinal y acabará con la incertidumbre dogmática, que había facilitado el triunfo de Lutero. Todo esto dará al papado un prestigio y una influencia espiritual, desconocidos desde el siglo XIII. Como expone el A. en otro lugar, "en la lucha antiprotestante, a la que se ve constreñida, la Iglesia demuestra una sorprendente capacidad para curar sus heridas y superar las enfermedades que sufre. Sólo lentamente se levanta de nuevo, pero después combate y vence. La fuerza para esta lucha le afluye principalmente de dentro, de su renacimiento interior. La contrarreforma es precedida y flanqueada por una reforma católica. En el Concilio de Trento se encuentran los dos movimientos; él sirve a ambos y se convierte así en el hecho más característico de la época intermedia entre el Medioevo y la Era Moderna, época que se puede llamar: *Epoca de las reformas*. Es un proceso histórico tan sorprendente, tan maravilloso, que una explicación puramente natural y racionalista no podría justificarlo jamás. En el fondo es un misterio sobrenatural, cuyas causas últimas nosotros no podemos indagar, sino a lo más intuir: es un milagro. Ya los contemporáneos lo interpretaron así" (H. JEDIN, *Il significato del concilio di Trento nella storia della Chiesa*, en "Gregorianum" 26 (1945) 135).

Tal es, a grandes rasgos, el contenido de este primer volumen. A él seguirán otros tres (en alemán han salido ya el segundo y el tercero). Entonces tendremos la historia objetiva del concilio de Trento que el mundo espera desde hace trescientos años y que Ranke consideraba imposible. Imparcial, libre de preocupaciones polémicas o apologéticas, no se les podrá aplicar la célebre frase del citado historiador protestante: "Sarpi quiere denigrar todo, Pallavicini quiere defender todo".

La traducción castellana está hecha sobre la primera edición alemana. El texto ha sido respetado íntegramente, sin adiciones ni supresiones. Con la ventaja de que las notas se hallan colocadas al pie de página, no al final de cada capítulo. La presentación tipográfica es espléndida. Esperamos que, conforme al deseo del autor, este libro sea, no sólo consultado, sino leído. Los que así lo hagan, sacarán de él mucho fruto.

J. GOÑI GAZTAMIDE

R. GARCÍA DE HARO, *La conciencia cristiana*, Colección "Naturaleza e Historia" Eds. Rialp, Madrid 1971, 138 pp.

Este libro —que no es un simple ensayo sobre la conciencia— tiene un valor que reside no sólo en fundamentar el carácter objetivo y trascendente de la norma moral, que preside la formación de la conciencia, entroncada con la ley divina ("Conciencia cristiana"), sino sobre todo en exponer las relaciones existentes entre libertad y responsabilidad personales y formación de la conciencia ("Exigencias para su libre realización").

Se advierten en la monografía dos líneas de investigación entrecruzadas: la apertura de la conciencia a la trascendencia y la libre y alegre aceptación de un dinamismo finalizado, superando “un modo de presentar el tema que lleva a la negación de lo más íntimo de la libertad, a aherrojar el hombre en manos de su peor enemigo: su capacidad de autoaprisionarse en el vacío de una subjetividad que ha perdido el sentido de la trascendencia” (p. 9). Estas dos líneas concluirán en una definición de la conciencia como “apertura ‘natural’ de la subjetividad para ser penetrada por la luz del orden divino —de la ley divina—, que liga el dinamismo de la persona en dirección de su último fin: la forma de presentárseme el atractivo del imperio divino, en toda su trascendencia y objetividad, pero de modo que a la vez sea mío, precisamente en cuanto no lo pongo, sino que lo recibo” (p. 103). El autor analiza en una primera parte (“los planes de Dios”) el tema de la ley eterna y fin del hombre, pasando en la segunda parte (“La libre incorporación del hombre a los planes de Dios”) a un estudio de la libertad, recalcando su dimensión positiva: “la energía de incorporarse activamente al proyecto de Dios”. Estos dos capítulos darán a la tercera parte (“El libre descubrimiento de los planes de Dios”) en donde propiamente analiza el tema de la conciencia cristiana, el carácter al estudio de teología sapiencial, por sus últimas causas.

Estudiados los límites de la conciencia del hombre en su dimensión psicológica (“su ser no consiste en ser conciencia, aunque sea capaz de tenerla” p. 91) pasa el autor a analizar la conciencia moral: “aquella autopresencia en que emerge la relación de un acto humano con el orden final: la religión de toda acción humana a Dios como a su fin. Es decir la posibilidad de examinar nuestros propios actos en relación con los planes de Dios sobre nuestra conducta” (p. 92) y esto a la luz de la fe que al elevar “la inteligencia al plano del conocimiento sobrenatural, no destruye, sino que perfecciona este dinamismo, permitiendo discernir no sólo la moralidad natural, sino la plenitud de las exigencias morales de cada situación conforme al plan de la creación redimida” (p. 93).

Las relaciones entre conciencia, ley y libertad (“dado su carácter medido y dependiente de los designios de Dios”) hace que “por ser la conciencia moral esta capacidad del hombre de tener presente la luz de la ley, en sus manos queda solamente el obscurecerla: no el *crear* otra luz” (p. 94). Aquí el autor trae a colación una de las analogías que campean a lo largo del libro y que hace agradable la lectura de un tema profundo: la semejanza vista-luz le lleva a concluir que así “como la vista no es capaz de crear la luz, sino sólo de recibirla o no, la conciencia es hábil sólo para aprehender o no las exigencias objetivas, pero no de crearlas” (p. 96).

Ante estas exigencias de objetividad —planteadas a nivel de conciencia psicológica y moral— entra en juego la libertad con la posibilidad de una opción por lo real, pues “de forma semejante a como puedo cerrar los ojos e imaginar no ver—, puedo cerrar la conciencia a la luz de la ley y dedicarme a proyectar sobre mi conducta una actividad

de puro pensar inmanente, con lo cual procuro justificar mi actuación" (p. 97). Analiza así el autor las repercusiones morales del *cogito* cartesiano. El hombre, con su libertad, corre "el riesgo de obscurecer el orden divino en la conciencia" que no será "nunca *natural*: ha de ser obtenido como violentando o burlando esta originaria apertura hacia la luz" (p. 111). En este riesgo, producto del pecado original y diferente de la conciencia errónea, interviene la vida: "el bien conocido pide ser realizado. En caso contrario se introduce... *un freno en la inteligencia* en su marcha hacia lo verdadero e incluso se puede *moverla a crear* —en virtud de esta opción radical que invierte las relaciones entre ser y pensamiento, conciencia y ley— una torcida interpretación, es decir, *a presentar el error como verdad*... Cabe incluso una *hostilidad* a lo real, que nace del amor desordenado a la propia excelencia: entonces no sólo cesa la búsqueda, sino que se quiere negar el orden objetivo, pues otra cosa sería reconocer la propia culpa y la indignidad de todo un proyecto de vida" (p. 113). Analiza el autor en esta última parte del trabajo el aspecto positivo de la formación de la conciencia como "efectiva capacidad de hacer reverberar el orden divino en cada situación" y la exigencia de una libertad responsable, pues "aunque *no puede crear su norma, es responsable de que aparezca en su conciencia la norma que le ha sido dada*" (p. 123).

Bajo este mismo enfoque de responsabilidad, analiza la formación de la conciencia como algo personal, que justifica tanto la legítima libertad de las conciencias, como la sujeción al Magisterio, que "confirma y corrobora las mismas disposiciones sembradas por el Espíritu Santo en el alma con la llegada de la gracia: no cabe, por eso, oposición entre una voluntad dócil a la gracia y esas indicaciones de la autoridad de la Iglesia, con las que Dios asiste nuestra fe y las exigencias morales que entraña" (p. 126).

La profundidad del estudio se arraiga en la mejor tradición tomista: el autor no sólo maneja, sino que conoce a fondo, los clásicos pasajes de la *Summa* y *De Veritate*, apoyándose también para fundamentar sus tesis morales en ideas de tomistas contemporáneos (Millán Puelles, Cardona y Fabro). No falta tampoco una acertada exégesis de los textos sagrados y a lo largo de toda la obra se nota el influjo de la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer, sobre todo en los dos primeros capítulos: el autor saca partido de sus ideas sobre la fe y optimismo del cristiano ante los planes divinos, la aceptación de su libre incorporación, la defensa de la libertad personal y de la libertad de las conciencias, así como en el epílogo, en el que el autor, con frase acertada, dirá que "la fuerza expansiva de la moral cristiana" no es *una moral de situación*: es *una moral que arrastra* (p. 132).

En conjunto nos parece una obra acertada, de lectura ágil y a la vez profunda, en la que el autor sabe integrar la fenomenología subjetiva con el carácter trascendente de la conciencia, y que sin descender a detalles de manual, permite la comprensión profunda de un tema actual y debatido de teología moral.

J. FERRER